



CRONICA DE CORDOBA Y SUS PUEBLOS II



ASOCIACION PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE CORDOBA

Córdoba 1991

**CRONICA
DE
CORDOBA
Y SUS
PUEBLOS
II**

ASOCIACION PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE CORDOBA

Córdoba 1991

Dep Legal: CO-462/1989

Imprime: Adisur, S A
Pgno Industrial, s/n
Tfno 671 422 Fax 670 016
Baena (Córdoba)

EL SACERDOTE FERNANNUÑENSE DON ANTONIO FERNANDEZ MORENO

Francisco CRESPIN CUESTA

Fue Don Antonio Fernández Moreno un hombre de vida inquieta que siguió la carrera eclesiástica y ejerció su ministerio no solo en nuestras tierras cordobesas, sino también en las del Nuevo Mundo. Su padre, don Juan Fernández Cañero, fue un trabajador del campo que ejerció el doble oficio de guarda y encargado en la finca "Cuarto de los Alamos" cercana al pueblo de Fernán-Núñez, de donde era natural. Su madre, doña Juliana Moreno Morales, había nacido en la vecina localidad de Montemayor y al unirse estos en matrimonio fijaron su residencia en Fernán-Núñez, por la proximidad de la hacienda en que el hombre trabajaba, pero al acercarse el nacimiento de su primer hijo prefirieron que esto acaeciese en Montemayor, donde la futura madre estaría atendida por sus propios familiares.

Cuando el recién nacido contaba algunos días de edad, regresó con los suyos a Fernán-Núñez, donde transcurrirían los años de su infancia y primera juventud. Hizo sus estudios de primeras letras en las renombradas Escuelas del Duque y, ya en edad de cursar los superiores, eligió seguir la carrera eclesiástica, ordenándose de sacerdote cuando contaba veinticinco años de edad. Cantó su primera Misa en la Parroquia de Santa Marina de Aguas Santas de Fernán-Núñez y, por el Señor Obispo de la Diócesis fue destinado como coadjutor a la Iglesia de Doña Mencía. Posteriormente fue trasladado sucesivamente a las de Villa del Río y Pedro Abad, hasta que en 1892 decidió incorporarse a las Misiones de América, siendo destinado a las de la Isla de Puerto Rico.

Poco tiempo después de su llegada obtiene plaza de párroco en una iglesia de la ciudad de Ponce de León, cargo de gran prestigio, no solo por la enorme importancia de la población, sino por la gran riqueza de la Parroquia, ya que la iglesia en cuestión poseía grandes extensiones de tierras con hermosísimas plantaciones de tabaco y caña de azúcar, que hacían de ella una de las más ricas de las Antillas.

Esta feliz circunstancia permitió a nuestro ilustre paisano desarrollar una magnífica labor de apostolado, socorriendo con largueza las necesidades de

muchos de sus feligreses y proporcionando recursos a otras parroquias pobres, de dentro y de fuera de la isla. Pero este estado de efectivo bienestar para los componentes de la rica feligresía, habría de durar poco tiempo. En 1895 comienzan a llegar noticias alarmantes sobre movimientos sediciosos en la vecina isla de Cuba. La subversión estalla al fin, alentada por los Estados Unidos de América primeramente y con su entera participación después, sucumbiendo al fin las fuerzas españolas que la defendían, al cabo de tres años de duros y heroicos combates.

Los Estados Unidos se apoderan de Cuba, Puerto Rico y el Archipiélago de las Virgenes. La Parroquia de nuestro paisano es desposeída de sus bienes y el padre Fernández Moreno tiene que regresar a España. El Obispo de Córdoba, Don José Pozuelo y Herrero, le envió de coadjutor a la villa de La Victoria, mi pueblo natal, donde ejercía de párroco propietario el prestigioso sacerdote Don Claudio Malagón Molina, de grata memoria para mis paisanos, el cual era natural de Carcabuey, siendo su padre, don Manuel Malagón Serrano, nacido en Almedinilla, y su madre, doña María Molina Alba, natural de Fuente Tójar.

En La Victoria se mantuvo algún tiempo el cura Fernández Moreno, hasta que se le proveyó de un beneficio en la ciudad de Santander, que permutó pocos años después con un sacerdote gallego que ejercía en Málaga. Llegado a la ciudad mediterránea, fue pronto promovido a la dignidad de canónigo de aquella Santa Iglesia Catedral.

Bastantes años llevaba nuestro ilustre clérigo ejerciendo su sagrado ministerio en Málaga, cuando estalló la guerra civil de 1936. Nuestro buen sacerdote que, por su ilimitada caridad para con los necesitados, gozaba del aprecio de muchas personas de las diversas clases sociales, recibió la oferta de un empleo civil si consentía en ocultar su condición de sacerdote, única manera con que podía ayudársele. Don Antonio exigió igual trato para dos de sus compañeros, también canónigos de la Catedral, que con él habían escapado de la matanza de religiosos de los primeros días. Al no poder lograr sus deseos, un amigo los ocultó en su casa donde estuvieron a salvo durante algún tiempo, hasta que su mala suerte quiso que una sirvienta desleal descubriese el escondite y averiguase su condición de sacerdotes, denunciándoles al comité revolucionario que ordenó la detención y subsiguiente fusilamiento de los tres ministros de la Iglesia.

Don Antonio Fernández Moreno, que llevó la palabra divina a las tierras de América, donde tantos otros apóstoles de la obra evangelizadora murieron por la fe, retornó a la patria para sufrir su holocausto donde menos se podía esperar

